

Capítulo Siete

El tiempo de angustia

"En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será librado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro" (Daniel 12:1).

El tiempo de angustia se inicia después que el tiempo de gracia ha concluido; ya no morirá ningún miembro del pueblo de Dios. Cuando el primer mártir del cristianismo, Esteban, fue lapidado "los testigos pusieron sus vestidos a los pies de una mancebo que se llamaba Saulo" (Hechos 7: 58). El que una vez persiguió a la Iglesia y aprobó la muerte de Esteban, llegó a ser un gran apóstol del Señor. Así ha sido a través del tiempo, los mártires de Dios, con su muerte, testifican para que otros se unan al pueblo de Dios. Pero la muerte de un hijo de Dios después de terminada la gracia, no tiene ningún sentido; sería mas bien una derrota.

Al iniciar el tiempo de angustia de Jacob, la imagen de la bestia ha hablado y Dios ha hablado por medio del fuerte clamor, de modo que el mundo está dividido en dos grupos: uno que lleva el sello de Dios y el otro que lleva la marca de la bestia.

Respecto a esta etapa del conflicto, Elena de White escribió lo que aparece en el capítulo 40 del libro Conflicto de los Siglos. A continuación un breve resumen.

Miguel, quien es Jesús el intercesor, deja de realizar su obra salvadora. Así concluye la oportunidad de misericordia. El mensaje del tercer ángel también concluye como fuerte pregón. Un ángel que sube de la tierra, testifica en los recintos celestiales que los fieles de Dios han sido sellados, mientras que Cristo, levanta sus manos y exclama: "Hecho es".

Al mismo tiempo los ángeles depositan sus coronas y se escuchan las palabras "El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía" (Apocalipsis 22:11).

Cristo abandona el santuario celestial al tiempo que las tinieblas cubren la tierra y los humanos tienen que "vivir sin intercesor a la vista del Santo Dios", pero llenos del Espíritu por la lluvia tardía. Todo control y freno es quitado a Satanás. El Espíritu de Dios deja de obrar en favor de los impíos. El mundo queda desamparado y se ven escenas más espantosas que las que se vivieron en ocasión de la destrucción de Jerusalén. La tierra será visitada por ángeles destructores los cuales obran con el permiso de Dios. La naturaleza parece rebelarse y los hombres se enfrascan en luchas sangrientas, culpándose al pueblo de Dios como causante de estas desgracias.

Las grandes multitudes religiosas pensarán estar llamadas a mantener el prestigio de Dios y de la verdad, y mostrarán un falso celo por Dios. Pero en verdad es un celo satánico con el cual el príncipe del mal les inspira para que cumplan sus designios. En esta situación, los incrédulos no se darán cuenta de que Dios

ha retirado su presencia de ellos y vivirán una experiencia similar a la de los judíos a principios de la era cristiana.

El sábado entonces llega a ser un punto especial de controversia y los que lo guardan, serán objeto de execración universal. Se les considerará como un peligro nacional (en Estado Unidos) y se usará el argumento de Caifás en su contra (Ver Juan 11: 49,50). Los incrédulos llegan a la conclusión de que es preferible que mueran los que guardan el sábado, de modo que se da un decreto con orden de muerte a los sabatistas, dando derecho a cualquiera para matarlos. Es necesario huir de las pequeñas ciudades a los montes. "En el tiempo de angustia, huímos todos de las ciudades y los pueblos, pero los malvados nos seguían y entraban a cuchillo en las casas de los santos; pero al levantar la espada para matarnos, se quebraba ésta y caía tan inútil como una brizna de paja" (PE, 34).

"Porque así ha dicho Jehová: Hemos oído voz de temblor; de espanto, y no de paz. Inquirid ahora, y mirad si el varón da a luz; porque he visto que todo hombre tenía las manos sobre sus lomos, como mujer que está de parto, y se han vuelto pálidos todos los rostros. Ah, cuán grande es aquel día! tanto, que no hay otro semejante a él; tiempo de angustia para Jacob; pero de ella será librado" (Jeremías 30 : 5-7).

La revelación compara esta experiencia del pueblo de Dios , con la que Jacob tuvo la noche antes de su encuentro con su hermano. Fue una noche de angustia pues le agobiada y desesperaba el temor que sentía ante la ira fratricida de Esaú. Reconocía que solo Dios podía librarlo de tal peligro, pero al mismo tiempo se angustiaba porque reconocía que sus pecados podían excluirlo del cuidado divino. Jacob era consciente de su total incapacidad para manejar la situación, lo único que lo sostenía eran las promesas de misericordia de parte de un Dios que cumple su pacto. Cuando el patriarca descubrió que el extraño con quien luchó durante la noche era el Ángel de Jehová, se aferró desesperadamente buscando la bendición.

De la manera como Satanás reclamaba para sí el derecho sobre la vida de Jacob, apoyado en los pecados que le había hecho cometer, Satanás, durante el tiempo de angustia, reclamará su derecho sobre los fieles para entregarlos a la muerte. Pero el temor de ese pueblo no resulta del temor a la muerte, sino que es el temor de no haberse arrepentido por algún pecado y recibido su perdón. Temor de que esto impida el cumplimiento de la promesa del Salvador. Se reprocharán a sí mismos por sus faltas y no cesarán de orar, se aferrarán a Dios exhalando el grito: 'no te soltaré hasta que me hayas bendecido'.

No podrán recordar pecado alguno que no hayan confesado en el momento oportuno. Aprovecharon las oportunidades ofrecidas durante el tiempo de gracia y aunque pecadores, se han refugiado oportunamente en los méritos de un Salvador poderoso. Así que "entre tanto que se dice: si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones" (Hebreos 3:15).

Satanás por su parte habrá puesto en marcha todas sus estrategias para confundir a las gentes, para destruir al pueblo de Dios y para conservar al pueblo engañado. A medida que el tiempo se acaba, la ira de Satanás aumenta. En su esfuerzo por sostener la vigencia de un falso día de reposo tratará de hacerse pasar por Cristo, pero no se le dará licencia para imitar la venida de Jesús.

Los creyentes estarán desprotegidos de las leyes y garantías del estado, unos en las montañas, otros en calabozos, "abandonados" por la humanidad, pero siempre en la compañía de santos ángeles que les darán consuelo. Sus prisiones se tornarán en palacios, y los errantes tendrán compañía.

La hora ha llegado cuando aparentemente Satanás está a punto de destruir al pueblo de Dios. La batalla está en su clímax y Dios interviene derramando las primeras plagas, las cuales aunque no siendo de

carácter universal, son derramadas sin misericordia sobre el mundo rebelde. Muchos clamarán a Dios pero no recibirán la protección que una vez rechazaron. Tendrán hambre de la palabra de Dios pero no habrá quien les predique.

Pero el pueblo de Dios no será abandonado para perecer. Aunque enfrentando la grave angustia de Jacob. Los ángeles les observan con ternura y simpatía, saben que están bebiendo de la copa y siendo bautizados con el bautismo.

Se determina una fecha para destruir a los guardadores del sábado. Algunos enemigos se anticipan y procuran destruirlos. Sus espadas se tornan en paja y los ángeles defienden a los fieles. Es una de las últimas oportunidades para que los ángeles ministren al pueblo que por tantos años han ayudado y servido durante este gran conflicto.

Las postreras plagas

Respecto a las plagas que serán derramadas después que Cristo deje de interceder en el Santuario se nos dice que son:

La primera: una especie de tumor o úlcera que caerá como una peste sobre los que tengan la marca de la bestia.

La segunda: se presenta cuando el mar se convierte en sangre y muere todo ser viviente en él.

La tercera: es similar a la segunda y se manifiesta en los ríos y las fuentes de aguas como una manifestación divina contra los impenitentes que han perseguido a los santos y derramado su sangre.

La cuarta: el sol aumenta su efecto sobre el planeta y quema a los seres humanos.

La quinta: es contra el trono de la bestia y hace que los malos se muerdan la lengua de dolor.

La sexta: ha sido objeto de diversas explicaciones, cosa que no pretendemos resolver en este libro pues supera los límites establecidos para este trabajo. Hay quienes ven en esta plaga una descripción breve de lo que ha sido la lucha del pueblo de Dios al prepararse para el conflicto final que culmina con la derrota de los enemigos de Dios. Es un antecedente al día de la manifestación gloriosa que se describe en las siguiente plaga. (Le invito a considerar una interpretación que puede tener un significado espiritual muy valioso y que está presentada en el Anexo A de este libro).

La séptima: se refiere a la intervención directa de Dios en los asuntos humanos para poner fin a la Gran Babilonia y dar lugar a la gran restauración final. Esto constituye el material que se presenta en los siguientes capítulos.

Continúa en el capítulo ocho

Dr. Tevni Grajales G.
Universidad de Montemorelos
Montemorelos N.L., México; Febrero 16, 1999